

- Hi, Carlota, where do you come from?

- From Spain.

- Ah, qué bien, podemos hablar en castellano, entonces. Yo soy de Pamplona. Soy el propietario de este lugar. ¿Necesitas trabajo? Si necesitas trabajo puedes empezar como camarera en mi club... Cobrarás cinco linden cada diez minutos. ¿Hace mucho que juegas? ¿De dónde eres tú, Carlota?

Carlota desaparece. Debe haber caído su conexión o algo. No me preocupa aunque estoy un poco molesto: era bueno poder hablar en castellano.

Eso le digo a mi madre cuando a veces me sorprende: le digo que practico inglés de esta manera.

Miro alrededor algo aburrido. Eso se hace pulsando control y flechas. También practico informática. Ni sabía qué tecla era el CTRL hace un año.

Hay muchas chicas, no pasa nada. Mi estatus de "owner", propietario del Club Lavinia me garantiza que no tardarán en acercarse a mí. Efectivamente así ocurre apenas le doy un trago a mi taza de café.

- Hello Caster.

- Hello – contesto. Y esta chica impresionante que se me acerca me pregunta en inglés si soy el propietario de este club y si tengo trabajo para ella.

Es pelirroja. Calza botas negras con tacón de aguja hasta la rodilla. En la cabeza lleva un pañuelo, negro como las botas. La única ropa que viste es un diminuto tanga rojo. Apuro mi cigarro sin contestar, esperando su insistencia que no tarda en llegar.

- Come on, honey. I need the job.

Tiene los pezones morados y perfectos. Sigo fumando un rato. "You very pretty" escribo finalmente, con calma. Ella da las gracias.

En un inglés rudimentario le explico que debe tener sexo conmigo antes para que la tenga en consideración para el puesto. Ella dice OK. Le sigo explicando lo mejor que puedo que nos tele-transportaremos a un lugar más íntimo y que allí será. "*I have some rules*", le digo que allí voy a explicarle lo que debe saber.

Llegamos a un lugar que todas mis empleadas conocen. A mí me gusta mucho. Es una torre acristalada muy alta desde la que se oyen las olas. El fondo es el azul y amarillo del mar y la arena, y la brisa menea las palmeras que chocan en los ventanales.

En mi diccionario de inglés busco la palabra braga y le indico que se la quite. Cuando lo ha hecho escribo "*Mmmmm... I'm very hot baby*" Luego le doy las indicaciones. Serán treinta minutos ininterrumpidos de sexo. Me hablarás mientras tanto. Básicamente es eso. Espero que sepa cómo calentar a un hombre. Aunque parezca mentira algunas son penosas.

Empiezo a tirármela, en el suelo, y ella reacciona bien. Leo cosas que no comprendo, pero escritas como están en mayúsculas interpreto gritos de placer, que me dice que soy bueno, muy bueno... No es la primera vez que me lo dicen.

Probamos otra postura: hay un piano. Ella echada en la tapa del piano. Yo de rodillas

sobre el taburete. Ella sigue escribiendo sus gemidos y sus halagos, cuando por fin eyaculo. Fumo un cigarro, satisfecho. Ella se viste si se puede llamar así: se pone su tanga. El trato está hecho. Ahora yo vuelvo y desde allí la tele-transportaré y la contrato.

En mi club ahora hay todavía más gente. Un negocio boyante, pleno de salud. Los primeros anunciantes ya han acudido a hacerme ofertas para poner su publicidad en el Lavinia. Hay un par de carteles, de momento. Dentro de un tiempo lograré que los anunciantes me paguen mejor. Las chicas bailan sobre sus podios, dentro de jaulas muy sofisticadas. La mayoría de las bailarinas fueron putas antes, “escorts” las llaman aquí: están muy buenas, son sencillamente, perfectas. A pesar de ello ya no me las follo. No suelo tener tiempo: muchas chicas nuevas vienen pidiendo trabajo cada día, para qué voy a repetir...

-Hola Carter. Hubo un problema con la red, perdona. Me estabas diciendo que eres el propietario de todo esto ¿no?

-Sí, preciosa. ¿Quieres trabajar aquí?

- Claro. ¿Qué tengo que hacer? Apenas llevo jugando un par de días, ya me explicarás.

- Primero hablemos un poco. ¿Cuántos años tienes, Carlota?

- Diecinueve.

Se me hace la boca agua sólo de pensarlo. Yo le digo que tengo veintinueve aunque es mentira. Es andaluza. Me encantan las andaluzas. Estoy excitadísimo, pero no hay erección: la otra chica acabó con mis energías.

Delante de mí se presenta la pelirroja que escribe en mayúsculas y en su lengua incomprensible. Me había olvidado de ella al ver a la española. Mayúsculas: normalmente

es un mensaje hostil si es en mayúsculas. No la he tele-transportado, no la he contratado aún: sin duda protesta.

Le doy veinte lindens y mi promesa para cuando vuelva mañana. No se ofende, muy al contrario se retira agradecida, tirándome un beso.

Minimizo. He oído pasos a mi espalda y efectivamente mi madre no tarda en abrir la puerta: “¡Apaga ese cacharro que vas a llegar otra vez tarde!”, chilla; entonces reparo en la hora.

Me pongo el uniforme que duerme en la mochila desde ayer en presencia de mi madre que me regaña por no haberme ocupado de lavarlo. “¡Huele fatal!”, chilla.

Yo no me excuso a pesar de que allí todo apesta, no hay nada que hacer para evitarlo: todo mi cuerpo apesta, mi pelo ralo, canoso, por más que me frote todo apesta a grasa. Paso demasiadas horas allí para ser una persona presentable, bienoliente. Pero no..., a mi madre le parece que donde paso demasiadas horas es delante del ordenador: “Podías aprender algo que hacer con él, si tanto te gusta la informática, buscarte un...”

Desde fuera de casa, mientras llega el ascensor la oigo terminar la frase “un trabajo de verdad, y a ver si te sale novia...”

Intento oírlo con indiferencia pero me cabrea. Qué sabrá ella; qué sabrá de trabajos de verdad, qué de novias... ¿Qué novia va a salirme con esta peste, qué trabajo...?

Llego un poco tarde, apenas unos minutos. El gerente me reclama en su despacho.  
-Me sienta realmente mal tener que llamarle a usted la atención – me dice apenas estoy dentro. – es usted mayor que yo.

Su despacho huele a colonia de hombre. La madera está tan reluciente como en los

museos. Aspira por la nariz y pienso en cómo hará él para evitar que el olor a grasa que se come todo el edificio y toda la manzana, entre en su despacho y se pegue a su piel y a sus muebles.

- Viene una chica nueva – comenta. Su despacho es como un oasis en medio de un desierto de tocino. Supongo que me huele, que teme que intoxique su ambiente impoluto a juzgar por el aleteo nervioso de su nariz. – Ponla en mantenimiento – continúa – No tiene experiencia, así que hasta última hora es mejor que no la pongas en la parrilla. Que le enseñe Gómez.

Empieza a recoger sus cosas mientras me habla, y demuestra que ya no tiene más que decirme, así que dando cortos pasitos hacia atrás, me voy alejando. Definitivamente éste es el olor del triunfo, a eso huele su despacho, a eso huele él. Por eso desea tanto zanzar este tema y sacarme de aquí. No quiere mi olor de fracasado mucho tiempo dentro, puede pegarse a las paredes, a las cortinas de paño, a la silla de cuero en la que recibe a sus visitas y en la que por supuesto jamás me he sentado.

- Bueno, nada más. Llegaré a las cinco. Sólo esperaba a que llegaras para decírtelo. Me voy que tengo mucha prisa. Ah, el uniforme de la chica está en el vestuario.

Salgo de la habitación y remoloneo en torno a los chiquillos para que se sientan presionados. En eso consiste mi trabajo. En realidad a ellos les da igual si estoy o no. No me tienen mucho respeto. Carne joven a la que cualquier empresa querría explotar. No les importa demasiado mantener este trabajo. Así que no les reto con imposiciones de autoridad fingidas.

Cuando una chica preciosa se acerca al mostrador aparto de un empujón al

adolescente de caja y me planto enfrente de su cara.

- Hola ¿Qué desea?

- Soy Malena. Es mi primer día, me dijeron...

- Sí, claro, Malena – le digo como si ya conociera su nombre. Y bajamos a los vestuarios donde reprimo mis ganas de repetir la frase que he dicho hace apenas una hora. “¿Quieres trabajar, preciosa?” Pero callo. Éste no es mi ámbito, éste es un medio hostil.

Fumo un cigarro en la puerta del vestuario. Fantaseo con entrar, sorprenderla en bragas. Pero me repito: éste es un medio hostil.

Malena sale de los vestuarios vestida con horrible uniforme azul marino y rojo; el pelo recogido en una coleta bajo la gorra. Tiene una mirada seria adorable y se pone a la tarea al instante con la gravedad de un cirujano.

Va recogiendo las mesas con cuidado, como si fueran joyas. Tiene unas manos muy cuidadas. Me da pena mirarlas: se le estropearán si va a trabajar aquí. Si yo pudiera ofrecerle un buen trabajo. Se ve a la legua que éste no es sitio para ella.

En el Lavinia necesito chicas así. Le pagaría a linden el minuto. A dos linden el minuto si me lo pidiera, porque ella bien lo vale. Es tan linda y perfecta como esas muñecas dibujadas que parecen reales en la pantalla.

- ¿Cuántos años tienes Malena?

- Diecinueve.

Se me hace la boca agua recordando a la chica española que dejé a medias. Espero que siga conectada cuando vuelva a casa esta noche. No es que se parezcan: Malena es rubísima, con una belleza más discreta, más elegante, quizá. Malena no es un dibujo. No

hay nadie tras ella escribiendo en un teclado, lo sé, pero también sé que cuando lo haga con Carlota estaré viendo la cara de Malena.

A las diez de la noche Malena termina su turno. Se acerca, los ojos bajos, mirándome sometida sólo un momento mientras se explica. “Me dijeron que mi turno termina a las diez.” Por primera vez desde que conseguí el trabajo me siento respetable mientras esta chiquilla requiere mi aprobación.

- ¿Vives lejos, Malena?

- No. Tardo veinte minutos en el metro.

- Es muy tarde para una chica tan bonita...- Prácticamente se me atragantan las palabras en la boca ante su mirada atónita. Tanto es así que la última palabra pareció proyectada desde un eructo, o una tos, algo anormal y desagradable subrayado por su mirada. – Te acompañaré.

- No hace falta, de verdad. En coche se tarda más, habrá atasco.

- Te acompañaré hasta el metro –le digo. Omito la información acerca del inexistente vehículo.

Espero en la puerta de atrás que Malena se cambie. Mientras me ponía la chaqueta sobre el uniforme pestilente pensé en Malena, que unos metros bajo mis pies estará quitándose la ropa, soltándose el pelo... Y efectivamente, no tarda en volver hecha una princesa de cuento, con su pelo suelto y rubio, con vaqueros ajustados, con camiseta escotada.

Caminamos hasta el metro. Callados. Ella mirando los adoquines, yo a ella. De vez en

cuando lanzaba alguna pregunta personal a Malena entre aires de cortesía.

- ¿Dónde vives?

- En Carabanchel.

- ¿Tienes novio?

- Sí.

- Pues es afortunado tu novio, ya lo creo.

No me gusta el aire de sus contestaciones, sus respiraciones entrecortadas y ruidosas, los suspiros de hartazgo que me dedica. No me gusta su mirada brevísima, que en seguida se posa de nuevo en el suelo y que es un poco odiosa y soberbia. Casi la detesto ahora. De lo que tengo ganas es de llegar a casa, encender el ordenador y ocuparme del Lavinia, que cada día recibe más visitas.

En cuanto llegue me conectaré. Puede que Carlota esté en línea, esperando que la dé un puesto de camarera. Seguro que no es tan estirada como ésta. Por suerte ya llega el tren.

- Bueno, mañana a las cinco, Malena.

- Vale.

- No llegues tarde.

Me devuelve una mirada cansina, abiertamente antipática que me divierte. “Veremos a ver qué tal se te queda la melena después de una semana en la parrilla.” Se lo digo mientras el tren se aleja. Lo digo a viva voz, y ella no me oye, pero algunos viajeros del metro me dirigen una mirada, extrañados. Pero lejos de avergonzarme, la expectación de los que me rodean, me anima a seguir, hasta que el tren desaparece por completo. “Y las

manos... Veremos a ver si te crees tanto cuando arrastres este olor grasiento de la mañana a la noche... ¡Si hubieras sido más amable, estúpida!”

Detecto las miradas irónicas de los chicos cuando vuelvo. Las ignoro. Apenas quedan un par de horas para cerrar y ya tengo la cabeza en el Lavinia, en aquella española, Carlota, que jamás olerá a hamburguesa, como mucho un poco a alcohol y a humo de tabaco.

Cuando llego a casa el ambiente no puede ser mejor. Mamá duerme emitiendo un ronquido continuo.

Dejo la mochila bajo el escritorio y enciendo el ordenador, que pronto me avisa de que Carlota está en línea. Antes de ponerme en contacto con ella decido mirar su ficha: lleva jugando una semana, más o menos tres horas al día... No está mal. Ha sido “*cleaner*”, “*escort*”. También hay una pantalla: *first life*. Para poner cosas de fuera del juego, pero casi nadie apunta nada allí. Ella sí: su edad, diecinueve, su profesión estudiante, su nacionalidad española.

Le mando un mensaje ofreciéndola el tele-transporte. Ella acepta y se presenta frente a mí en su forma virtual y perfecta. Pantalones largos, top ajustado, melena negra... Muy bonita. Le regalo un vestido más sugerente, lo que me gustaría que llevara: cortito, muy escotado, tipo camisón. Ella titubea, dice que no sabe ponérselo. Bueno, da igual porque lo que tienes que hacer en un rato es quitártelo todo, pienso.

Es muy educada: me hace unas cuantas preguntas de cortesía y después entramos al trapo, a lo que nos interesa. Hablamos de trabajo. Le impongo mis condiciones: horario,

suelo y la condición innegociable para entrar a formar parte de mis empleadas.

Ella tiene muchas preguntas sobre sexo. Demasiadas para haber sido *escort*. Le escribo lo que quiero. Estoy impaciente hoy. En castellano será mejor que nunca. Escribo en la pantalla: “Tienes que venir a mi casa unos treinta minutos. Tienes que ser muy expresiva, gemir, me gusta que me digan guarradas. Después el trabajo será tuyo. Te conviene, soy un jefe generoso.”

En mi casa lo hacemos. Ella no es muy buena diciendo cosas, pero al menos yo sí se las digo: la llamo zorra sabiendo que ella entenderá, disfruto de sus movimientos y de su timidez. Cuando terminamos pregunta cosas: “¿Cuánto tiempo llevas jugando? ¿Cuántos años tienes?” Le contesté que ya nos dijimos eso la otra vez... Es todo extraño.

Entonces ella empieza a confesarse, tiene cincuenta y dos años, en realidad es la madre de Carlota, que en realidad se llama Sandra. Dice que lleva dos días cogiendo el ordenador de su hija para ver qué es eso en lo que pasa tanto tiempo.

No me gusta. De repente me pone de mal humor, saber que esas tetitas preciosas, esa pelirroja que me dijo “hummm...” y “ahh” tiene más años que yo. Le digo que lo que ha hecho está muy mal, que a su hija no le gustará.

Le digo que no follo con viejas. Ella dice si de verdad puedo llamar “follar” a eso. Se queda todo quieto un tiempo. En su tono hay un mucho de tratar de humillarme. Un mucho de frases hirientes que leo irremediabilmente en mi pantalla y que se refieren a la existencia de mi vida sexual fuera del ciber-mundo. Ya se pasó la vieja. Le digo un par de verdades sobre ella misma, “vieja hurona, chismosa” y sobre la putilla de su hija. “Pregúntale a tu hija que es a quien andas controlando”.

De repente veo una pistola. No tengo miedo, no creo que esta vieja que no ha sabido ponerse un vestido sepa... No me han hablado nunca de que se pueda morir virtualmente... Pero la pantalla se nubla, se queda todo oscuro. Un montón de palabras en inglés y una sospecha mientras me tiembla el diccionario de inglés entre las manos.

Y sí: la hija de su puta madre me ha matado... o la puta madre de su hija me ha matado, no sé quién. Por poder ser, podría ser mi primo Bruno el cabrero.

Paso toda la noche pegado a la pantalla, intentando averiguar la manera de deshacer el entuerto y no lo encuentro. Trato de recuperar a Carter. Carter es la única cosa de mi vida en la que he tenido éxito.

El amanecer me pilla con cero linden y una nueva identidad: Daniel Leron, un nombre de triunfador.

Sin embargo no tengo nada, no puedo hacer nada. La gente apenas se interesa en responder a mis saludos y me aproximo a un carrito de limpieza donde cobraré dos linden tras barrer una hora.

Por supuesto voy al Lavinia. Está lleno de policías que no quieren escucharme: "*I am Caster Soho, I am Caster Soho, the owner!*" insisto. Pero no me hacen ningún caso. "*You are Daniel Leron*" se limita a contestarme uno. Mis camareras también están allí mirando la escena. El juez que llega a levantar el cadáver. Les insisto a las camareras en que soy yo, su jefe. No me hacen ningún caso. Una de ellas, incluso me insulta.

Veo cómo suben mi cuerpo inerte a la ambulancia que desaparece de pantalla. Perdido con mi nueva identidad paseo en busca de mujeres. Le ofrezco sexo a una de ellas. Me ignora. Otras me piden dinero a cambio. Les digo que sólo tengo dos linden. Una

se ríe descaradamente de mi atrevimiento, la otra dice que los acepta. La pago y se va riendo sin hacer lo prometido. Me ha estafado. Las horas pasan rapidísimas en este mundo, en el que ahora tampoco soy nadie.

No he dormido nada. Llego un cuarto de hora tarde. El gerente está de pie tras la puerta de la calle. Habla con Malena que le mira y le responde sonriente aún sin cambiarse.

Al mirarme se pone recio, la mirada dura. Me llama la atención por el retraso delante de la chica, en la que adivino una sonrisa satisfecha mientras se retira al vestuario y cuando me ordena limpiar los suelos me indica dónde está el carrito de limpieza y pienso que todo esto no es más que el reflejo de un destino inescrutable y puñetero.

Pienso que ojalá ese disparo me lo hubiesen dado aquí, en la hamburguesería. Pienso que si hubiera visto mi verdadero cuerpo subir a una ambulancia habría perdido mucho menos. Pienso que es una mierda seguir viviendo si ya no puedo ser Carter.

Ahora ya no habrá manera de burlar el desprecio en los ojos de Malena, que tras la parrilla parece más digna y más inalcanzable que nunca. Y pienso que ya no tendré consuelo tampoco ni delante de la pantalla del ordenador.